

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 4 de octubre
de 1980

SORIA, SIMBOLO

Escribe
SANTOS
AMESTOY

ME pongo a escribir de Soria, precisamente, el día en el que los sorianos —mis paisanos— celebran la festividad de San Saturio, patrón de la ciudad desde el siglo XVI, advocación que debe más a las actas municipales (aparece en una del 1539 por primera vez) que a los cánones eclesiásticos. Inevitable me resulta recordar cuando, secundado por el ceramista Antonio Ruiz, fundador entonces de un grupo de animación cultural, escandalizaba sin proponérmelo, allá por la mitad de los años sesenta, a mis paisanos, declarando que nuestro santo patrón (el eremita de la cueva junto al Duero, cuya memoria se remonta a los tiempos de la dominación sueva de las tierras sorianas —entre los siglos V y VI— y de cuya existencia en carne mortal sólo hay un testimonio del obispo de Vitoria, San Prudencio), al que llamamos Saturio, era, sin duda, una advocación local de Saturno.



VIEJAS MAGIAS, CON SANTOS Y TEMPLARIOS INCLUIDOS

Escribe Juan G. ATIENZA

Cuando en esos días ya casi calientes y —sin casi— insomnes de las fiestas sanjuaneras de Soria el pueblo se vuelca por los prados polvorientos de la orilla izquierda del Duero y allí grita y retoza y baila hastacarse, en hmenaje pagano —dije pagano, sí— e inconsciente al imposible San Saturio y a los fantasmas templarios de San Polo, se me antoja que, en ese acto visceral, subyace una proclama, vieja como el hombre, que pide a voces permiso al pasado para seguir siendo libre.

Libre hoy, precisamente hoy, entre mágicos transistores y diabólicos aparatos que dicen (electro)domésticos, lo mismo que lo fueron —libres, digo yo, o debieron serlo— los numantinos de Retógenes, aquellos que lograron que los elefantes-carros-de-combate romanos desobedecieran a sus pilotos nubios y aplastaran con sus patas de hueso y cuero a los sitiadores de la ciudad sagrada, a los que atentaban por decreto contra su derecho a la libertad.

EL PUEBLO SABE

Y no es que a uno le agrade rizar el rizo del lenguaje y meterse por las bravas en magias y ocultismos del pasado, no. Es que esa magia se da. Y está ahí, atentando abiertamente, sin tapujos, contra el deterioro que acusa nuestro pobre mundo y contra la ceguera de esos dirigentes que nadie —y todos— eligieron, como supuesta panacea de ancestrales cadenas. Por encima de sus caprichos hay —y que no quepa duda!— un orden que reclama la conservación de las esencias, el respeto por los dioses arcaicos. Y ese respeto no se encuentra tras las puertas guardadas por leones que un día se fabricaron con cañones fundidos, sino en lo más profundo, en lo más recóndito, en lo más latente y vivo del alma popular.

Curiosamente, Soria constituye —con todo lo que hay de inevitable deterioro en cuanto nos roeda— un reducto en el que, desde fuera y desde dentro, aún se vive de modo colectivo la vida tradicional, sin que humos, ni ruedas, ni amenazas de



centrales nucleares hayan logrado apartar al pueblo de los fundamentos esenciales que supo mantener desde la noche de Maricastaña. Sólo así se entiende que, por aquellos pagos, aún haya gente que pasa el fuego en la noche de San Juan, familias que vivan —y muy confortablemente, por cierto— en casas celtiberas como las que describiera Estrabón, o santos, como este buen Saturio, que tienen más, mucho más, de obligado pacto con cristianismo acomodaticio que de acto de fe dirigido y controlado por jerifaltes de sotana y solideo.

ESENCIAS E IDENTIDADES

Para mí que Soria (aunque haya que decir estas cosas con la boca torcida, para que no lo escuchen los que dicen llamar al pan, pan, y al vino, vino) es un secular reducto de magias arcaicas, ya apenas hoy presentidas, pero no por eso menos ciertas. Cuna de leyendas de raíces ocultistas, sede principal de profundos kabalistas judíos y de magos más modernos —por allí nació don Diego de Torres y Villarroel, dando sopas mágicas con honda al otro Diego (Lainez, por más señas), general de los jesuitas—, la tierra soriana está impregnada de elementos insólitos, que afloran a menudo entre las peñas en una constante y callada llamada de atención hacia eso que, sin poderse ver ni tocar, lleva al hombre hacia la conciencia de su propia identidad, hacia la esencia de su íntima trascendencia.

Para mí también que los templarios, sabuesos impenitentes de esa esencia, captaron a su modo el hábito de las magias sorianas y se asentaron en los enclaves más estratégicos para vigilarlas y extraerles la savia de lo insólito.

Es una realidad que, muy a menudo, lo que se perdió en papeles quemados lo recogió el pueblo. Que lo que la historia olvida lo recuerda, sin saber cómo, la gente. Que muchas incógnitas de nuestro pasado dejarían de serlo si escuchásemos atentamente los pequeños mitos campesinos, que cuentan, al parecer, fábulas que nadie vivió. Que muchas de las razones que han movido a los seres humanos en su deam-

SORIA, SIMBOLO



Antonio Ruiz, por su parte, prefería recalcar —y también era verdad— que nuestras otras fiestas, las del solsticio de verano (porque en Soria las fiestas son dos y solsticio-equinocciales), bautizadas desde la Edad Media con el impreciso nombre de San Juan o de la Madre de Dios, no eran sino nuestras milenarias fiestas táuricas. De ello deducíamos que hay un trabajo muy necesario y todavía no acometido por llevar a cabo: la reconstrucción de su ciclo completo, para lo cual sería inevitable estudiar comparativamente los ritos conservados en otros puntos de la provincia de Soria, como Medinaceli y su inquietante fiesta del Toro Jubilo (pronúnciese con acento llano), en la que el toro de Iberia reproduce la imagen céltica del toro con el disco de fuego entre los cuernos. Casi tres lustros más tarde debo confesar que aquella idea venía precedida por las investigaciones de Alvarez de Miranda («Ritos y juegos del toro», quien nos prestaba su idea de los ciclos taurinos, a cambio, sin embargo, de su absoluto desconocimiento o silencio de los misterios que se conmemoran anualmente en Soria y en la Castilla Norte, la Rioja y en la Pamplona de los Sanfermines (fiestas erigidas sobre los restos arqueológicos de un ritual muy preciso que en Soria vive en perfecto estado de conservación, sin que le estorben, por otra parte, los añadidos de la organización medieval de la ciudadanía metida en fiestas).

Afortunadamente, casi tres lustros más tarde, soplan vientos menos positivistas y, pasada la conmoción matrimonial entre antropología y estructuralismo lingüístico, se perfila una respetuosa y penetrante profundización en los mitos, ritos y símbolos que la Humanidad ha conservado como preciosas herencia frente a todos los avatares racionalistas. Figura señora de esta concepción de lo simbólico desde la perspectiva del esfuerzo humano por apropiarse del conocimiento y todavía no suficientemente ensalzada, es, sin duda, la del rumano Mircea Eliade, que escribe en su libro de antropólogo o de historiador de las religiones y dirigido a los escritores, «Imágenes y símbolos»: «El pensar simbólico no es haber excluido del niño, del poeta o del desequilibrado. Es consustancial al ser humano: precede al lenguaje y a la razón discursiva. El símbolo revela ciertos aspectos de la realidad —los más profundos— que se niega a cualquier otro medio de conocimiento. Imágenes, símbolos, mitos, no son creaciones irresponsables de la psique; responden a una necesidad y llenan una función: dejar al desnudo las modalidades más secretas del

ser. Por consiguiente, su estudio permitirá el mejor conocimiento del hombre; del "hombre sin más".»

En esta misma línea y basándose en los arquetipos de Jung, Fernando Sánchez Dragó ensayó un libro memorial, de erudición y de imaginación, al que es obvio, por imprescindible, referirse: el best-seller absoluto del año pasado, «Gargoris y Habidis. Historia mágica de España», en el que el autor hace constante referencia autobiográfica a Soria, lugar en el que parece localizar su «centro del mundo», que diría el propio Eliade. Casi al mismo tiempo aparece el libro de Juan A. Atienza «La meta secreta de los templarios», que en su indagación acerca de los asentamientos de los templarios en España, halla otro importante centro del mundo en el valle de Uero y la simbólica densidad de viejas concepciones del conocimiento en la Soria de la aljama hebrea, del viejo culto al Saturno-Cronos en la ermita troglodítica sobre el Duero, mimetizado en el misterioso San Miguel durante varios siglos y metamorfoseado en el ermitaño Saturio por obra y artificio de una cofradía —la de los Heros—, posible heredera de los secretos custodiados por los templarios y promotores de la actual construcción barroca —prodigio de ambigüedad habilísima mantenida entre dos planos simbólicos—, bajo la que ocultaron el anhelo de secretismo vigilante que el orden del Temple estableció en las riberas de tan variado y fecundo enclave espiritual.

La destrucción perpetrada en Soria por el desarrollito y el lamentable despropósito de un proyecto de puente por donde no puede ser ha forzado a un conocimiento más profundo de esta parcela hasta ahora mismo, tan difícilmente clarificable, de nuestro patrimonio artístico: el kilómetro de ribera que de San Polo a San Saturio, como nos gusta decir a Atienza y a mí. Un paisaje entre dos límites de piedras templarias (en la de la ermita barroca se emplearon piedras templarias), cuyo poder evocador sugirió un culto misterioso, la sinérgica vigilancia de los «constructores de templos» y las conmociones profundas en los poetas españoles, que a partir del siglo XIX comenzaron a tener acceso a tan hermoso y secreto lugar. La ejemplar reacción de todas las instituciones culturales nacionales frente al error (inmenso error) administrativo nos sirven —como más arriba hacíamos, citando a Eliade— para referirnos a todas las voces alzadas en pro de la conservación de aquel espacio. (Rumores, hasta ahora no confirmados oficialmente, parecen indicar que la Administración está dispuesta a rectificar. De sabios sería saber hacerlo a tiempo.)

Fue Gaya Nuño, escritor soriano, en su precioso libro «El santero de S. Saturio» —joya de las hispanas letras modernas—

San Pedro Manrique. El paso del fuego.



jueves y cada domingo, tiene siete o nueve ramas, que tal es el número de las de la mayoría de estos árboles, algunos de los cuales en la India eran tan musicales como el nuestro, ya que de sus ramas obtenían el chumán los palos para batir su pandero.

El Gólgota fue también un centro del mundo y la cruz el cósmico árbol donde se volvió a repetir el misterio de la unión de la tierra, el cielo y los infiernos. Quizá por ello la Iglesia puso el pequeño gólgota de la ermita de la Soledad muy cerca del árbol bajo el que bailamos allí. Los hitos del «microcosmos» serían la mentada ermita natural, entrada a los infiernos (y salida iniciática por la iglesia octogonal); el misterioso claustro de los caballeros de San Juan, geomántico y de simbolismo todavía no descifrado; el árbol de la música y la dehesa ritual de Valonsadero —a ocho kilómetros de la ciudad cantada por Sánchez Dragó— donde duermen los toros del sacrificio solsticial. Pero todo esto, es evidente, reclama que ponga hoy punto final y que me remita a la posibilidad de otro futuro párrafo aparte. Valga, en cambio, para asegurar que, por unos y otros acontecimientos, Soria se ha convertido en el símbolo de nuestro patrimonio histórico, artístico y cultural, tan maltratado y, aun así, tan agradecido.

VIEJAS MAGIAS...



bulvar por el tiempo podrían explicarse observando el comportamiento, las filias y las fobias, las querencias de los que nos rodean.

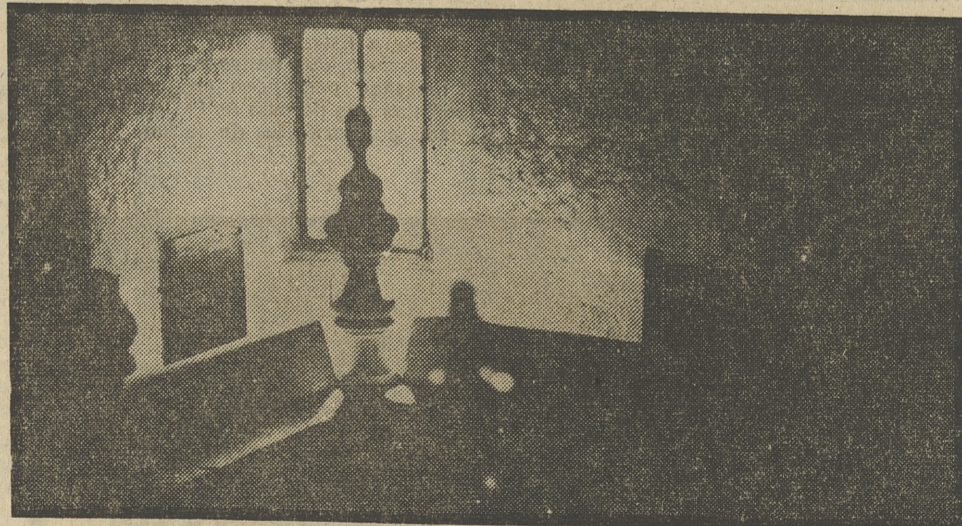
Viene esto a cuento de todo, pero ahora, en concreto, de esa zona que media entre San Polo y San Saturio, que tan recientemente ha despertado la polémica ante el peligro inminente de su desaparición.

TIERRA TEMPLARIA

Todo el mundo sabe —en Soria, al menos, lo saben— que los freires templarios construyeron y habitaron en San Polo un convento del que ahora sólo queda en pie la capilla, y por cuyas puertas, convertidas en túnel y camino a la vez, tiene que pasar todo aquel que pretenda alcanzar el santuario troglodita de San Saturio. Es seguro —aunque no lo aseveren pergaminos polvorientos— que los templarios poseyeron en su día toda la tierra comprendida entre el convento y la ermita. Y seguro, por tanto, que durante su dominio el pueblo no tuvo acceso a aquellos parajes, porque para estas cosas los freires eran muy suyos y cuidaban celosamente su intimidad. (Y quién sabe si eso no contribuyó, en parte al menos, a la génesis de su leyenda ocultista y al recóndito respeto que inspiraron en su día.) Resulta por eso doblemente significativo que, a siglos de distancia de la desaparición de la orden, aquellas tierras se convirtieran en el corazón —extracorpóreo, si queremos— de la ciudad, que en la vieja cueva se «descubriera» el cuerpo del santo que sería desde entonces su patrono y que el paraje se poblase de detalles que, tal vez sin saberlo nadie de modo consciente, siguen rememorando por lo bajinis la presencia antigua de los monjes guerreros de la capa blanca y la cruz roja.

Por ejemplo, en la personalidad misma del Santo Saturio, que aparte su reminiscencia originaria con Saturno-Cronos, ha sido preferentemente representado —ilógico y turbador en un santo cristiano— en

imágenes que le presentan de busto, como recordando la figura misteriosa de aquel pretendido idolo que tanto jugó en el proceso de los templarios: el mágico bafomet. Reminiscencia de la orden que no termina ahí, sino que se prolonga en la mismísima «vida» del santo, que dicen que fue ermitaño, cuando el ermitaño resulta ser el noveno arcano del tarot cabalístico, regido por la novena letra del alfabeto sagrado hebreo, la teth, que fue a su vez símbolo y guía de los monjes del Templo de Salomón bajo la forma de la Tau, que rigió en piedra sus capillas y en magias su comportamiento.



La Sala de los Heros, en San Saturio.

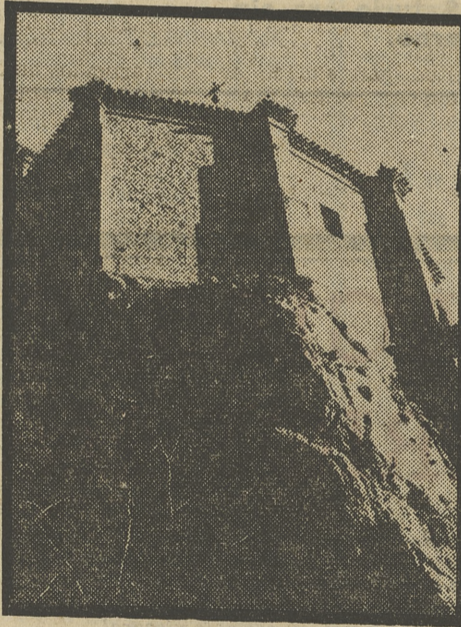
PUEBLO Y TEMPLO

Que el pueblo añoró lo que los templarios significaron, se palpa a partir del momento mismo en que convierte en meta sagrada de su fe tradicional la cueva que tuvo que ser recinto iniciático de los monjes. Por eso —y no por azar— se construyó sobre la cueva una capilla octogonal, como las que los templarios levantaron en U-

el primer escritor indígena que instalándose en la perspectiva de los vigilantes, devolvió a la ciudad la mirada de ésta sobre el valle; silenciosa y absorta. Sólo alterada una vez al año en el bullicio del acto final de las Fiestas del Toro o de San Juan o la Madre de Dios, cuando los sorianos bajan a la pradera del río para danzar bajo nuestro santo de negro rostro y de medio cuerpo San Saturno. La intuición soriana de Gaya se concretó (las investigaciones numantinas de Schulten, Turacena y Gómez Santa Cruz debieron empujar, como ahora los libros antes citados) en la evocación de los celtiberos de Retógenes, capaces de diseñar las imágenes de aquellas cerámicas que desde el Museo Numantino siguen galvanizando las sensibilidades positivas al misterio. Antes de el Bécquer hallaba allí motivos para poner en funcionamiento su estética romántica y medievalista; Machado para llegar al punto más alto de su milagrosa combinación de realismo y simbolismo, Gerardo Diego... Y una nómina de poetas de la que se habla en otros sitios de este suplemento. Ninguno de ellos pensaba en cabalísticos, geomancia o secretismos; todos llevaron a Soria —pues foráneos— sus propias obsesiones y sus almas en los almarios que en aquel espacio vibraron. Y así será durante otros tantos milenios.

Porque hay más. Porque, pese a la destrucción de las diversas soluciones del urbanismo histórico de la ciudad (lo cuenta en estas páginas Clemente Sanz Rídruejo, presidente del Instituto de Estudios Sorianos), que han sido grandes, irreparables, irreversible azote, es más aún lo que resta por descubrir, cotejar y descifrar en lo que queda. A mí, por ejemplo, se me ocurre —siempre con el referido libro de Eliade en la mano— que no sólo el valle bajo amenaza tecnológica, sino el conjunto de la ciudad conserva los hitos de un primitivo «microcosmos».

He de verificar si el «árbol de la música» de centenario y enorme tronco, donde se encarama la banda de música de Soria cada



Ermita octogonal de San Saturio.

brasen sus capítulos secretos.

Dicen sesudos investigadores que han estudiado a fondo la magia ocultista de la orden del Templo, que la danza —la vieja danza sagrada que movía al éxtasis a druidas y derviches— formó parte del ritual esotérico templario. Yo no lo sé, no tengo pruebas. Les creo, porque si es posible que los monjes, por muy monjes y muy guerreros que fueran, tuvieran conciencia del valor extático y trascendental que ha tenido el ritmo de muchas formas religiosas. Incluso es cierto que, en determinado momento de la historia cristiana, también se danzó en el interior de las catedrales, en una danza que dirigía el mismo prelado en torno al laberinto que los constructores iniciados solían colocar en medio del crucero, frente al altar mayor.

Por ese recuerdo del valor religioso de la danza, el hecho mismo de que el pueblo soriano eligiera precisamente la pradera templaria para ir a purificarse por el baile en el último día de la fiesta de Calderas, produce la sensación de que se han acumulado ya demasiadas coincidencias para echarlas todas en el saco sin fondo de las casualidades. Ahí, en esa danza serpenteante, en la que se enlazan diez o cien o mil personas convertidas en culebra cósmica —y no importan ya ni los ritmos roqueros ni letras de hoy mismo, porque todo es un gran mantra que integra al hombre en el lugar y el tiempo precisos— está presente el inconsciente colectivo del pueblo, su ancestral urgencia de expresar esa memoria universal que cada cual lleva programada en sus genes. Entonces, en ese instante justo, nada puede ser ya casual: ni la danza que revive a la serpiente de la inmortalidad, ni la fiesta dedicada a la figura simbólica del Toro, ni la caldera grálica que da su nombre a aquellos días, ni el prado donde acaso —no lo sé, no tengo pruebas ni maldita la falta que me hacen— danzaron los templarios camino de la caverna iniciática.

Oigo decir insistentemente que determinados grupos de presión quieren destruir definitivamente ese lugar y su magia. No lo creo. Nunca podrían hacerlo. Se asesina a los hombres, pero el pueblo es inmortal y no admite que se juegue con su mundo, con su memoria, con su esencia.

SEGUNDA GENERACION DE POETAS EN EL EXILIO MEXICANO

ENTRE los acontecimientos literarios más señalados de este verano en la Universidad Menéndez Pelayo, de Santander, figuró la presentación de esta antología: «Segunda generación de poetas españoles en el exilio mexicano». Se presentaba allí, en el palacio de la Magdalena, porque en Santander estaba editada: un número extraordinario —dos números en uno, el 35 y 36— de los «pliegos de poesía» que con el título de «Peña Labra» publica la Institución Cultural Cantabria de aquella Diputación Provincial bajo la dirección de Aurelio García Cantalapiedra. «Peña Labra» es una revista de amor a la poesía que se alza, se ofrece con primores tipográficos: homenajes, exhumaciones, información, investigación, crítica, cantera regional y nacional con encartes, facsimiles, ilustraciones. Esta vez ha tenido que reducir algunos de estos despliegues en favor del cuerpo textual. No obstante, Pity —esto es, Aurelio García Cantalapiedra— ilustra con estampación de dibujos y textos en color de la vieja cultura mexicana. Porque estos poetas de la antología están para siempre o lo han estado integrados en la cultura de aquel país. Hace ya muchos años, Max Aub incluía algunos de estos nombres y otros nombres españoles en una antología de la poesía mexicana. Es el prologuista Francisco Giner de los Ríos el decano de esta promoción —o intermedio entre ella y la generación anterior—, que bien podía encabezarse esta lista o la que pudiera hacerse con los heredoexiliados de nuestra guerra civil en otros países y los que faltan —algunos señala él— en la selección recobrada por Francisca Perujo. No ha querido que el suyo fuera un trabajo crítico, sino de palabras de evocación personal, de satisfacción por esta devolución a España, al lector español de algo arrebatado, trasterrado antes de producirse: estos poetas fueron niños, muy niños algunos, de la guerra. Paralelos a los peninsulares de la generación que hemos denominado del medio siglo o de los años cincuenta. Muchos son ya, por ley de tiempo, por ley de la vida, mexicanos. Pero ninguno ha perdido su raíz española en ya tantos años de «trasplante», como dice en el epílogo Francisca Perujo. Algunos han vuelto, como Carlos Blanco Aguinaga, como el propio prologuista. Y entonces pueden sentirse trasterrados en España y tan mexicanos o de cualquiera otro país de nuestra lengua, como allá se sintieron de España. Dice Francisco Giner: «Porque en España ahora —con sus piedras y sus cielos recobrados— me siento como desterrado de México y de Chile, de toda América que he vivido y en la que he sido español por ser ella tan española, y quizá que no lo es del todo, como tampoco la misma España, hecha de tantos mestizajes maravillosos». Esta es la lista: Ramón Xirau, Manuel Durán, Carlos Blanco Aguinaga, Jomí García Ascot, Tomás Segovia, Luis Rius, César Rodríguez Chicharro, Enrique de Riva, José Pascual Buxó, Gerardo Deniz, Francisca Perujo, Angelina Muñiz y Federico Patán. Xirau —nacido en 1924—, autor de tantos ensayos en castellano, hace versos en catalán. Tanto a él como a otros varios —Se-



SAN SATURIO, JUNTO AL DUERO Y LA POESIA DE SORIA

Este Cuaderno, que se reintegrará después del prolongado silencio veraniego, halla en la «reentrée» una fecha en la que estoy escribiendo ahora mismo, el 2 de octubre, que nunca me pasa inadvertido. Es una fiesta que sólo los calendarios, los santorales de amplio espectro registran: San Saturio, El Patrón de Soria. La burocracia eclesiástica, creo, pensó alguna vez eliminarle, abandonarle a la leyendaria y conquariana nebulosa altomedieval. Dice Juan Antonio Gaya que, sin embargo, figura en los elementales San Leodegario, que sabe Dios quién será.

Por fortuna defiende a San Saturio la firmeza histórica de su discípulo San Prudencio de Armentia, que fue obispo de Tarazona. Y, sobre todo, la devoción de los sorianos. Y fuera de Soria, y también dentro, los poetas. Porque los poetas de ejercicio o de actitud han elegido el espacio que domina en Soria el nido, el faro, el retiro, la atalaya roquera de la ermita del santo desde que Bécquer, en el pasado siglo, se fue por aquellos pagos a soñar. (La ermita, San Polo, el Monte de las Animas, San Juan de Duero, el Mirón.) Y al empezar de este siglo, Antonio Machado marcándole para siempre. Allí calmaba sus visiones amargas noventayochistas de la decadencia con la esencialidad castellana del paisaje y de las gentes del alto llano «que a Dios rezáis como cristianas viejas», merecedoras de que el sol de España las colmara «de alegría de luz y de riqueza». Después llegó Gerardo Diego —no ya sólo juvenil, como Bécquer y Machado, sino joven, maduro y viejo.

Su Soria, «precisa, exacta», le da motivos en los años veinte de su llegada allí para enseñar en su Instituto, como Antonio Machado, y volver con la vista y el corazón —paisajes naturales, urbanos, personas concretas (me encuentro, ¡Dios mío!, entre sus poetizados)— en los cuarenta, en los cincuenta, sesenta y en los mismísimos setenta, como registra su libro colector de cuadernos sorianos «Soria sucedida» (Plaza & Janés, 1977). Y hablando de fiesta, quiero recordar que el único poeta que, pedido por mí, tiene un poema al santo mismo es Gerardo, y que fue escrito en los primeros años cuarenta para un suplemento periodístico soriano dedicado a San Saturio con motivo de un centenario en el que anduve gratamente metido —arreglos serios en la ermita— con aquel tremendo y tiernísimo don Santiago Gómez Santa Cruz, el abad de la colegiata, aquel señor que aprendió alemán para rebatir a Schulten sobre el tema de las ruinas de Numancia, y que, presumiendo de descendientes de los caudillos —por pertenecer a uno de los doce linajes de la ciudad—, tal vea Retógenes, también hubiera preferido ser antes quemado que vencido.

Esta fiesta pasa cada año, silenciosa, por mi corazón. Pero en éste hemos querido, los que hacemos este suplemento, que la sombra del santo anacoreta se proyecte en nuestras páginas con un repaso a la significación cultural de aquel lugar en que su ermita se levanta y que se ha constituido, sacralizado, poética-

mente para propios y extraños, y que todos consideramos ya un patrimonio intocable. Que lo digan —y lo han dicho— escritores como Julián Marias, Fernando Sánchez Dragó y todos los que han venido firmando últimamente la protesta —artículos de Cándido!, en «ABC»— por su salvable profanación en nombre del progreso, que puede realizarse, como han dicho los técnicos de otra manera, salvando y conjugando este patrimonio espiritual con esa alegría y esa riqueza que a Soria le han estado siempre vedadas.

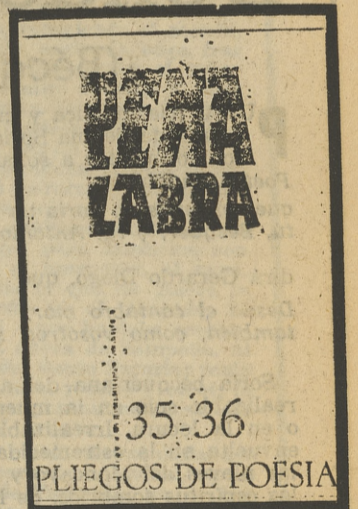
Quiero constar aquí el prencipio que en este diario fue un artículo de Francisco Gallardo, que recordaba, entre los muchos, mis pobres, juveniles, entusiastas, versos sorianos. Quiero, para mis lectores de libros, recomendar —con todo lo de Bécquer y Machado— esa «Soria sucedida», de Gerardo. Y un libro impagable, «El santero de San Saturio», cuaderno de notas quincenales de Juan Antonio Gaya Nuño, que, fingido santero de la ermita, escribió las páginas más hermosas que puedan leerse en prosa de Soria, de los sorianos, de ese paisaje sorianiano. Libro singular en nuestras letras que apareció en 1951, en la editorial Castalia, en una colección de aquel inolvidable príncipe de los



bibliófilos españoles, Antonio Rodríguez Moñino, titulada «Prosistas contemporáneos», propuesta para sólo diez volúmenes. Este hacia el quinto. Eran los firmantes de los anteriores, Camilo José Cela, Antonio Díaz-Cañabate y Jorge Campos. ¡Nunca se equivocaba Moñino!

Seguimos la brecha lírica Angela Figuera y yo, en los años cuarenta. Y el soriano Julio Garcés, que últimamente ha publicado —SAAS 1976— «Los poemas de San Polo», sin libro, otro soriano, Benito del Riego. Y Ridruejo —de Burgo de Osma—, y Luis Felipe Vivanco, y José García Nieto, y el «resurgimentista» —variante de los novísimos— Víctor Pozanco...

govia, Durán, Blanco Aguinaga— les conocemos más como ensayistas o solamente como tales. Blanco Aguinaga le ha dicho al prologuista que ya ha abandonado sus versos. Pero estos mismos y los otros poetas son con características muy propias y también generacionales que requieren lectura de recuperación para nosotros y una crítica desde aquí. Este fervor y esta presura —digo «presura» por la entusiasta acogida y lanzamiento como muestrario de urgencia— debe ser un anticipo para la recuperación de la obra entera de cada uno. Debe leerse este conjunto ahora —y por eso hace bien el prologuista en rehusar en este momento la crítica— como goza de un hallazgo, un regalo, una devolución sospechada o insospechada de un bien al que teníamos derecho. De un derecho que ellos tenían derecho a que tuviéramos...



ANTONIO MACHADO y su paisaje intangible

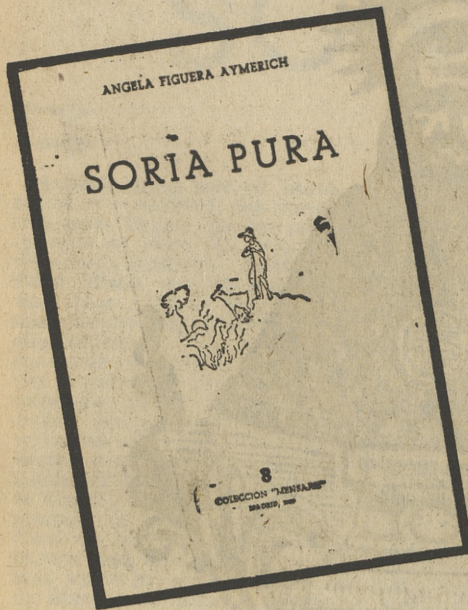


Guillermo DIAZ-PLAJA De la Real Academia Española

Cada creación poética tiene la virtud de cristalizar en su entorno como un mágico poder la circunstancia que le rodea. Hay una Soria machadiana que ahí está, «telle qu'un elle même, l'éternité la change», diríamos modificando levemente el famoso decir de un poeta de Francia. Hasta el punto de que ese paisaje, gracias a Machado, y a Bécquer, y a Gerardo Diego, está «ahí», imperturbable para la eternidad. «Debe estar ahí», aunque otra cosa opinen las teorías de los técnicos, porque ese paisaje «cristalizado», como dijimos, ha adquirido su derecho a ser. Y no es extraño que la Real Academia Española, en la sesión inaugural de este curso, haya manifestado su inquietud ante esta realidad espiritual que, lógicamente, no conocen los ingenieros

de Caminos del M. O. P. U. Esa Soria de los poetas está donde está; donde debe estar, porque así lo vio don Antonio Machado, poeta en el exilio de sus vergeles infantiles sevillanos, aquel día en que «maestro en gay saber», adoctrinaba letras francesas, supongo que con bastante acento andaluz. Frente al rumor perfumado del contorno sevillano, la circunstancia soriana debió parecer a don Antonio algo así como un cristal de hielo transparente, cortado a filo por el aire de Castilla. Ahí donde el Duero traza «su curva de ballesta», el poeta sintió la poesía y sintió el amor. Y por ello esta escenografía se ha convertido para nosotros en algo sagrado e intangible. «No lo toquéis ya más», que así es la rosa.

Escribe Leopoldo DE LUI



Los cantores de Soria en los años cuarenta

Ciudad cantada como pocas, Soria tuvo un gran poeta —Bécquer— en el último tercio del siglo XIX y otro gran poeta —Machado— en el primer cuarto del XX. Pero en los años cuarenta —esto es, en nuestra posguerra— tuvo otros dos, cuyos poemas a la ciudad del Duero son poco conocidos: Dámaso Santos, con «La tarde en el Mirón» (1947) y Angela Figuera Aymerich, con «Soria pura» (1949). Entre esas dos parejas de poetas, Gerardo Diego, por los años veinte, publica «Soria. Galería de estampas y efusiones», completado con «Nuevo cuaderno de Soria», con «Capital de provincia» y otras colecciones del mismo tema, en un volumen resumidor de 1948.



Pero Gerardo es un poeta del 27, y es por entonces cuando inicia su vocación de cantor soriano. En cuanto a otros poetas, como Dionisio Ridruejo o José García Nieto, sus poemas a Soria son más esporádicos. Por eso llamo cantores de los años cuarenta a aquellos dos jóvenes de entonces Dámaso Santos (1918) y Angela Figuera (1903), con sendos libros iniciales. Son dos libros de juventud, muy distintos, porque distinto es el talante con que se acercan al paisaje y a la poesía misma.

La tarde en el Mirón es una descripción lírica. Por descriptivo, la piedra o el río encuentran en el verso su espejo. Por lírico, ese espejo idealiza y exalta lo reflejado. Es una poesía que no desmiente su época. En un ejercicio de oposiciones, no daría al examinado mucho quebradero de cabeza su fección. Lenguaje poético donde aparecen voces propias del neogarcilismo: castillo, abanderado, halcón, costado. En lo idealizante, una remisión a la religiosidad: Dios respirando

en la naturaleza, el silencio como algo espiritual y el vocativo Señor colocado como inciso. En la sintaxis, la triple adjetivación completando el endecasílabo.

Pero, frente a la poesía de su tiempo, el libro de Dámaso Santos ofrece una particularidad anticipadora: la poesía culturalista. Quizá porque entre los maestros de Santos, si están Machado, Enrique de Mesa y Gerardo Diego (quien, por cierto, escribe un romance en torno al autor de La tarde del Mirón, a guisa de prólogo), está también Eugenio d'Ors. Las huellas filosóficas, la palabra escogida y el rigor de una «línea pura» y bien hecha parecen evidentemente de estirpe d'orsiana.

Lo que en Dámaso Santos es descripción, en Angela Figuera es comunión. Angela Figuera, que siempre ha sabido escribir —incluso en sus libros más comprometidos o sociales— una poesía legítimamente femenina, esto es: una poesía en la que aflora su naturaleza de mujer, se siente en Soria pura tierra arada y ca-

paz de dar flores. Se bebe a tragos el silencio de la colina y presiente la luz como un privilegio personal. En la orilla del agua, cree ser un junco. Sensual y sensitiva, el sol es un albaricoque y las nubes le recuerdan a los niños. Cuando entra en el río percibe que tiene «apremios de amante» y a él se entrega como a un varón. Pero también quisiera que ese río fuese un hijo pequeño acunado en su regazo. Hay siempre un último sentido maternal en toda la obra de Angela.

La influencia en las imágenes de este libro es lorquiana. Visiones de un surrealismo primario, como «dentro del agua nadando, los cuatro decapitados», o adjetivaciones plásticas, tal «carne de cobres oscuros».

Parejo tratamiento al del río tienen los árboles. Al cuerpo vegetal quisiera unir su carne de mujer y comunicarle su sangre para revivir la primavera. Así, cuando los arboricidas acaben con los árboles (lo que, después de treinta años de escrito el libro, están a punto de lograr),

ella piensa poder alzar, con su solo verso, una selva. Sólo en un poema abandona un poco la subjetividad, y es para cantar al pastor, única figura humana exterior que aparece, y que «de pie sobre la roca, él es de roca viva».

Dedicado Dámaso Santos al ensayo y la crítica, dedicada Angela Figuera a la poesía social y de testimonio, ambos libros de pasión soriana quedaron lejos. Pero por los versos de uno y otro alienta el encanto de la ciudad y sus líricos paisajes, donde el río fluye imparable y bello, sin tiempo y sin cuidado: «Abajo canta, ciego, sus romances, / entre álamos dorados, río Duero, / y royendo y rumiando la muralla, / agazapado el tiempo», dice Dámaso Santos. Y Angela Figuera evoca: «Sobre tu Duero —¡mío!—, sangre noble / de tus antiguas venas, / Tus femeninos álamos temblando, / tus sahumadas tierras, tus colinas, / tus pueblos, tus ermitas, tus pastores... / No los perdí: son míos en mis versos.»

Soria, siempre bien cantada, aunque no sea siempre bien tratada.

Escribe Ana María NAVALES

Donde los poetas fueron a soñar (Bécquer, Machado, Gerardo Diego y Ridruejo)

PURA, fría, mística y guerrera, heroica y eremita, lejana Soria, a la que fueron los poetas a soñar.

Poetas andaluces

que soñasteis en Soria un sueño dilatado: tú, Bécquer, y tú, Antonio, buen Antonio [Machado,

dirá Gerardo Diego, que

Desde el cántabro mar, también, como vosotros, subí a Soria a soñar

Soria becqueriana del amor imposible, realizable sólo en la muerte o más allá, o en la locura. Irrealizable sueño, Soria envuelta en la estremecida atmósfera de las nieves del Moncayo y en los ecos de los espíritus sombríos, de llamada irremediable y trágica, engañosa y estéril. La llamada del Monte de las Animas, de la fuente de los álamos, ojos verdes o rayo de luna que son como el amor, mentiras todo. Por el camino del sueño, la realidad vivida del poeta. El amor es un rayo de luna. La gloria es un rayo de luna. Glorias, felicidad... fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo. Paisaje legendario de soledad y ruinas, de claustros y bosques, de rumores y nieblas, de sombras y silencio, con el Duero lamido las carcomidas y oscuras piedras de las murallas de Soria, de calles estrechas y tortuosas, por donde el conjuro del amor abisma el alma.

Tierra sagrada de Machado, que orientó sus ojos y su corazón hacia lo esencial castellano, y a la que hizo la Castilla por excelencia, la Castilla de su dolor: Castilla miserable, ayer dominadora,

envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.

Su amor a la naturaleza —él lo dirá— supera infinitamente al del arte. Y este amor estará hecho de tristeza y será constante su lamento:

Oh, tierra triste y noble, la de los altos llanos y yermos y roquedas, de campos sin arados, regatos ni arboledas, decrepitas ciudades, caminos sin mesones, y atónitos balardos sin danzas ni canciones que aún van, abandonando el mortecino hogar.

como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar.

La tierra será pobre, ingrata, árida y fría:

¡Aquellos diminutos pegujales de tierra dura y fría!

¡Oh, tierra ingrata y fuerte, tierra mía! ¡Castilla, tus decrepitas ciudades! ¡La agria melancolía que puebla tus sombrías soledades!

Y dormida o muerta:

Es la tierra de Soria árida y fría.

La tierra no revive, el campo sueña.

¡Muerta ciudad de señores soldados o cazadores!

Pero su dolor es amor. Y con él irá ya para siempre Soria.

Adiós, tierra de Soria...

En la desesperanza y en la melancolía de tu recuerdo, Soria, mi corazón se abrevia. Tierra de alma, toda, hacia la tierra mía, por los floridos valles, mi corazón te lleva, escribirá en el tren que se le lleva (abril de 1912), y allí, lejos de su Soria amada, seguirá conversando con su otro gran dolor soriano, Leonor:

¿No ves, Leonor, los álamos del río con sus ramajes yertos? Mira el Moncayo azul y blanco; dame tu mano y paseemos.

Y allí, en la lejanía, descubrirá

Yo tuve patria donde corre el Duero, y al saber que

Nunca más la tierar de ceniza a pisar volveré, que Duero abraza,

también descubrirá con dolor que

¡No todas vais al mar, aguas del Duero!

Soria será ya, definitivamente, un sueño

¡Cuántas veces te he soñado en esta florida vega por donde se va,

entre naranjos de oro, Guadalquivir a la mar!

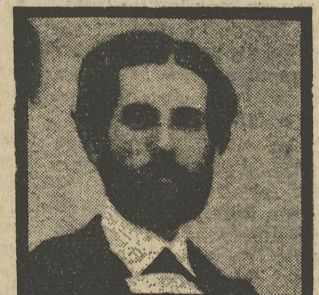
Y pensará, temeroso del olvido,

Si el alto Duero... recuerda a su poeta.

El sueño de Gerardo Diego se tiñe de colores bien distintos. Un color azul de azules

Quien os vio no os olvida, azules de Soria, azules.

Y así, si él fuera pintor, dice:



No pintaría, Soria, tu yermo y tu pastor. En mi paleta habría una rosa de rubor, un amarillo agosto y un verde verdecido, porque tienes la gracia de un país recién nacido.

Gerardo nos desvela su «arbitraria Soria»:

joven, niña, virgen de todo roce,

y, ya amante, desdeñosa del que la abandona y vuelve, intruso, a su lado:

La ciudad que fue tuya sabe vengarse del que la abandona. Por eso, aunque su faz te restituya, te niega el corazón y te traiciona.

Soria pura de Ridruejo, Soria lejana que está y no está, que se fue y es memoria, y ella la crea. Poema de la nostalgia, del amor y de la muerte, siempre caminando juntos:

Soria está allí, por donde tuerce un río y unas piedras se queman y un castillo ha muerto en pie y un árbol amarillo

será cuerpo glorioso y está el frío. Estuvo allí. Marchó con el hatillo del pastor hacia el Sur y en el navío del emigrante al mar. En su vacío fue nevando el ayer lento y sin brillo.

Y Soria ya no es tierra y va brotando de haber sido de ayer y de la nieve, clara de estar dejana y ser memoria.

con sus álamos quietos escuchando, sobre el Duero de luz y olvido, un leve murmullo que la va creando: Soria.

Soria, sólo viva en el dorado imperio de la infancia:

Sosteniendo el palacio evanescente de mi dulce niñez; claustro remoto en los jardines de la primavera.

Escribe Clemente SAENZ RIDRUEJO

SORIA: APUNTES DE MORFOLOGIA HISTORICA

MIENTRAS el río corra —esperemos—, Soria será la ciudad del alto Duero. El río y los dos cerros que le resisten y sobre él se despeñan (el Castillo y el Mirón) han condicionado su instalación y toda su evolución urbana. Así lo ha dejado escrito el que fue nuestro querido profesor del Instituto machadiano don Leopoldo Torres, más conocido en el mundo de la cultura española por sus completos apellidos: Torres Balbás. (Inciso: algo tiene Soria para los intelectuales. Cualquiera soriano, a poco que se lo haya propuesto en las últimas generaciones, ha podido tratar allí —aparte de los «nativos» Ridruejo, Gaya, Tudela, Dragó, etc.— a Machado, a Diego, a Terán, a Mérida, Camón Aznar, Marias y su grupo...)

Las ciudades históricas españolas suelen poner en su «pedigree» un nombre hispano-romano. Soria no lo tiene, si bien se pueda filiar de legítima heredera de Numancia, por cuyas ruinas de ruinas, a una legua en vuelo de pájaro, pasa el subálveo femoral de la historia. Una gran vía esteoeste custodiaba Numancia desde su alcor y la misma vía del Duero al Ebro —algo rectificadas— ha custodiado desde antes del medievo el Castro, luego Castillo, de Soria. En él se aposentaba luego una pequeña medina y el primer soriano de nombre conocido —un rebelde al emirato de Córdoba— fue Suleiman ibn Abdus (hacemos abstracción de Satrio, el anacoreta godo, que provendría de Numancia).

Pero la ubicación, a orilla del Duero, entre Mirón y Castillo, es ya cristiana, del siglo XII. El rey Batallador se mete en Soria en 1119 y es a partir de entonces cuando los grandes alfonso castellanos dan fuego, tienden el puente que hoy subsiste y echan la gran cerca rectangular de más de cuatro kilómetros y uno cuadrado de caída. El ambicioso proyecto soriano supera a los castellanos de su época y a la mayor parte de los de Al-Andalus. Sólo algunas grandes urbes, como Sevilla o Córdoba, eran de mayor aforo intramuros. Dentro del gran recinto se crea una ciudad-campamento compuesta de modestas «collaciones», agrupadas en torno a humildes iglesias románicas. Están repartidas homogéneamente en todo el área protegida por la muralla (aunque no la macion, pues entre unas y otras quedan huertos, pastos y algún labrantío): a orilla del Duero (foso del lado oriental), en las faldas del Castillo y del Mirón, en la vaguada interpuesta (Calle Real) y en la cabecera de dicho barranco: el «collado» de entre cerros, que acabaría dando nombre a la prolongación axial del «talweg» o calle del Collado.

Este diseño urbano, voluntarista y ambicioso, no es frecuente, puesto que las cercas con origen y posterior alzar en una mota suelen acogerse a su falda, pero no alcanzan habitualmente otra vecina, que, incluso, suele quedar en «padrastrós». Se da, sin embargo, en algunos casos (Agreda, Daroca). La singularidad de Soria está en que uno de los lados del cuadrilátero es un río importante (Madrid se parece mucho, pero el cerro no se apoya en el «aprendiz de río»). Le es asimilable la Barcelona moderna, si sustituimos Duero por mar, mejor foso para su valla, y peor si pensamos en las flotas que alguna vez la han delgado.

El conjunto soriano goza de simetría en el eje Real-Collado y este eje es precisamente su principal razón de existencia: el camino de Aragón. Cuando la Reconquista se aleja, la «Cabeza de Extremadura» queda como custodia del iter con las avanzadas de las órdenes militares a la otra orilla (San Juan de Duero, San Polo, una a cada lado del camino), el puente doblemente torreado, el foso del río y el paso por dentro de las cortinas.

Pero una cosa son las ideas y los planes de los dirigentes y otra la vida misma. A pesar de todas las trabas de la sociedad medieval al libre trasiego, la mayor flexibilidad de los usos extremados permite que cuando termina la Edad Media, la estructura de nuestra ciudad ya no se parece a

la que fue. Los vecinos de las laderas abandonan las parroquias adosadas a las cuevas y se hacen «chondoneros», en la terminología soriana. Simultáneamente, los arrabales se agrandan, con gran ventaja para el de poniente, marcándose así más el carácter de «ciudad lineal», extendida a lo largo del camino, contra la expresa e inicial voluntad de los tenentes repobladores. Martel, el cronista soriano del siglo XVI, señala la gran expansión occidental, separándose el centro de gravedad del río, y adoptando la forma «de pala con la que se juega a la pelota» (con la punta del mango en el puente). Es un movimiento urbanístico guiado por las ventajas comerciales, de edificabilidad y tráfico, en el que juegan el emplazamiento de ferias, «cursus», dehesa, etcétera; la ciudad busca la penillanura en la que se clava el Duero, disecada también por el anónimo arroyo matriz. Es la biología imponiéndose a la larga al dirigismo, cuyos presupuestos extraciudadanos quedan rápidamente obsoletos: apenas fundada, la «cabeza de Extremadura» o bastión fronterizo de reconquista, deja de serlo, y su uso alternativo en la confrontación aragonesa no tiene sentido tres siglos más tarde.

La empresa andaluza y luego el sueño americano encandilan y desangran a Soria con Castilla. La carcasa urbana se fosiliza y deteriora. Castillo y muralla pierden vigencia y los múltiples edificios de hidalgos y palacios, se abandonan, hunden o incendian (¡qué melancolía ahora contemplar la panorámica de la ciudad, que un anónimo apeles pintó en un estandarte para la cofradía de estudiantes, en 1700). Los grandes edificios, desnudos, deteriorados, retabificados, han servido en el s. XIX y primera parte del XX, para alojar audiencias, institutos catastrales y demás oficinas estatales, en las que las modestas estufas de los burócratas apenas eran capaces de poner un poco de calor e intimidad durante los crueles inviernos mesetarios. Pero, aun con todo ello, la ciudad de Soria era un ejemplo de caserío armónico, aunque fuera modesto, bien cuidado, de graciosos juegos de tejados, puertas y portales de aliz y escudos, abundantes huertos interiores, plazuelas recoletas, en el que subsistían palacios importantes, varios conventos históricos e iglesias monumentales.

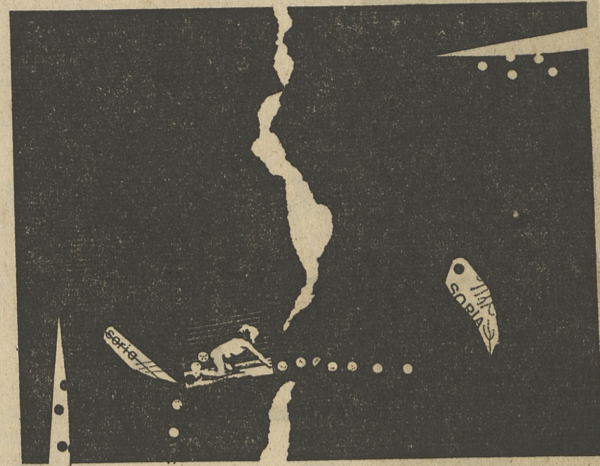
Cuando el orto del desarrollo comenzó a dar pálidos reflejos por esta parte de la meseta, pudo pensarse, muchos pensamos, que la ruina iba a detenerse y la bella ciudad castellana conservaría —realzándolo— su carácter, al tiempo que se haría más habitable y se expansionaría al margen del casco postmedieval. Pero, por desgracia, la oportunidad se ha perdido irremisiblemente y el cobre —ya que no el oro— del mini-desarrollo ha servido para arrasar barrios enteros (calles Real y de Caballeros, plaza de San Pedro, iglesia y plazuela de S. Clemente, Jefatura de Obras Públicas, barrios del Tovaol y Santa Cruz...), sustituyendo el caserío modesto, pero de módulo ajustado a las calles, por causas de altura, de diseño aún más vulgar que antiestético, materiales halógenos y ruines, medianerías ciegas nunca trasdosadas y todos los horrores imaginables e inimaginables de un triste arrabal de mefápolis barata.

Esta es la situación: una ciudad armónica hecha a medida de hombre, bombardeada por una arquitectura de aluvión y especulaciones. Se podrá preguntar: ¿Por qué ahora tanto planto si todo ello es cosa hecha? Pues por una obvia razón: simultáneamente Soria conserva un contexto natural, un campo circundante de los mejores de España. Están intactas, o muy poco deterioradas y con remedio, las huertas bajas, toda una jugosa orilla fluvial cantada por Machado, los cerros que dominan la ciudad, el excepcional monte de Valonsadero, los cañones del Duero, la sierra de Santana. Se trata de un patrimonio ecológico y turístico de primera magnitud, que empieza a estar amenazado (y, lo que es más grave, el Ayuntamiento está dando pruebas de prodigalidad y falta de preparación para protegerlo). La primera gran amenaza se acaba de cerner sobre el valle del Duero: una carretera de circunvalación que, olvidando con afanes dirigistas las tendencias naturales ante-este, se proyecta por lo mejor del río y lo peor para la expansión urbana. Si para Bacon «Natura nisi parendu vinitur», para los que piensen por y para Soria, la red viaria externa y la circunvalación de la ciudad debe hacerse por el Oeste y el Noroeste, es decir por las tierras llanas de desarrollo lógico.

Escribe Emilio RUIZ

El campesino en su sexmo

(1)



«Collage». Antonio Ruiz

Las tranquilas aguas del río Duero, a su paso por la ciudad de Soria, transcurren inadvertidas durante casi todo el año para sus habitantes.

En su corto y anhelado verano el olvido decrece, porque entonces el que más y el que menos desciende a bañarse collado abajo hasta sus orillas, repletas al comienzo de la estación de lozanas hierbas. Los baños en el Duero distan mucho de ser baños de placer, son, por el contrario, de purificación y, en todo caso, reparadores de pecados desde que el pantano de la Cuerda del Pozo regula su incesante salida estival.

El río Duero, para muchos, no para todos, ciertamente no tiene sentido alguno hasta que no llega al Perejinal, que es una tabla enorme que se extiende desde Peñas Grajeras hasta la primera presa, donde el agua, que se va por dos ramales, forma el Soto de la Marquesa, soto de esbeltos chopos, majuelos, endrinales y matas de escaramujo. En tiempos, las aguas del Duero provocaban sus buenas diarreas y algunas que otras fiebres tifoideas, sinsabores que fueron emmendados desde que el encargado municipal de los depósitos del agua que abastece la ciudad empezó a subir un garrafón, todas las mañanas, de cloro, para dejarlo caer por el chorro que sube de la elevadora a los depósitos viejos, que son los buenos de verdad.

Sin pena ni gloria, el Duero, después de pasar por el Peñón, los Escalones, la Playita, el huerto de Valtueña (donde el señor Santos, el hojalatero, dejó constancia de su esmerado arte culinario y de su pasión por la política) y las zarzas, comienza de nuevo a tener relativa importancia aguas abajo de la Ermita de los Caballeros de San Juan, los hombres que se sabían al dedillo los lugares más recoletos de su tiempo; y si descartamos a nuestros ilustres poetas, a los menestrales de las tenerías, a los del molinete, a las lavanderas y al «Sampolero», creo que sólo los pescadores de barbos, los que se ponían en «la nariz», eran de verdad los amigos y conocedores de esta parte del río de Castilla. En «la nariz», el agua, después de la presa del Molinete, se remansa de nuevo, y como allí sale el brazo que viene de la elevadora, justo donde las ropas de las casas de la ciudad tomaban, merced al sol y a la lejía, la blancura y lozania de una colada bien hecha, siempre era posible cobrar buenas piezas. Había lavanderas profesionales, como «la tía Mochuelas», madre del «Mochuelo» y del «Tardío», buenos hombres, de los primeros que se dieron a llevar coches de motor a explosión. Las lavanderas, colocadas dentro de unos cajoncitos, esperaban a su clientela a cualquier hora del día, tanto en los inviernos gélidos, cuando las manos se agrietan con el frío, como en los días calurosos del verano. Por allí también venía a salir una cloaca de la ciudad y la pesca subía aguas arriba de «la tabla». (Y ¿a qué estilo nadas? —se solía preguntar en aquel entonces—. Y se respondía siempre, sin equívoco: «al estilo tabla, porque ni el crawl, ni la braza, ni el over se supieron hasta años después».)

Y con buenas artes, los pescadores de «la nariz» hacían sus equipias de barbos, cachos, mermejas y cabezotas, pescando al corrido, cebando siempre con lombriz de muladar, que difiere de las de tierra en que aquellas son más sucias, pero que, en contrapartida, tienen más vivacidad. Los pescadores de «la nariz» se conocían mutuamente y se respetaban los sitios, porque no todos llegaban a la misma hora. Los había mañaneros, como el «tío Lelo», que se hacía el camino muy aprisa como atraído por una voz, posiblemente la de la vocación, todo poderosa e irresistible, y algunos otros sólo de tardes apacibles entrado ya el verano. Los menos, a la caída de la mosca o del saltamontes, lanzaban la rastra, a la postura, y cobraban alguna que otra trucha. Las moscas, hechas de pluma de gallo, iban cogidas a un hilo de coco del que salía un codal, enlazado a su vez al hilo de seda; y las cañas, larguísimas, de fabricación casera, terminaban en un puntal muy cimbreante, que, al decir de los de «la nariz» era lo que mataba la pesca.

Algunas tardes, los de «la nariz», cuando barruntaban que los barbos se habían corrido, se bajaban hasta la fábrica de Vicén, y allí, en su soto, echaban sus plomadas, no con lombriz, sino con negrilla, que es como una sanguijuela negra, o con cangrejo blanco, habiéndole quitado previamente el caparazón. A partir del Soto de Vicén, aguas abajo, comienzan las chorreras y se pierde el canto del ruiseñor. Surge entonces un Duero más agreste, dando lugar a diminutos prados, a riberas de encinas y tomillares, de covachos, de aliagas muy amarillas cuando están en plena floración. Y a la salida de las aguas sucias de la ciudad, de nuevo hacían su aparición otra colonia de pescadores, los que bajaban y aún bajan por la Huerta de la Muerte, por la Rumba, y se ponen a pescar las bogas cerca de la desembocadura del Golmayo, que es río sólo de mermegas y cabezotas. Por aquí, después de dejar el trabajo, «el Cojo», «el Lolo», el señor José y «el Requena» (que Dios los tenga en su Gloria) hacían su pesca de bogas, que suben a montones en busca de la suciedad de la cloaca. El señor José, de oficio calderero, al nivel del tío Garapo, era todo un maestro en el arte de pescar bogas. Bajaba vencido por los años y por los talegos de gusanos para cebar, gusanitos de carne revueltos con salvado. Cuando había encontrado su sitio echaba al agua puñados y más puñados, y las bogas entraban que era un placer. Enfrente, en la otra orilla, casi siempre al atardecer, moneaban unos gazapillos, y «el Lolo» se ponía fuera de sí. «Si llueve, chiquito —solían decir los pescadores cuando barruntaban tormenta—, allí tienes la cueva de Zampona». Y cada uno se adelantaba en su mismidad, ceba que te ceba, recogiendo el recado, lanzándolo nuevamente, cogiendo boga tras boga. «Estas zorras —murmuraba el señor José, con un cigarro muy comido y unas lentes, miraba por arriba para ver de lejos, que se apoyaban en el extremo de la nariz— no se hartan nunca.» Los de la Rumba, que eran pescadores profesionales, atisbaban, detrás de una grandiosa morera, aj anochecido, las sombras de los pescadores del Duero, y cuando se marchaba el último sacaban a remendar sus trasmallos para lanzarlos con una barca de botos, al amanecer, al agua. Y a la mañana, como el que no quiere la cosa, hacían su puesto en el mercado. El grupo del señor José —que hablaba ceceando— no trasponía la cueva de Zampona, ni pescaba en la orilla del Santo Satrio; tenía sus querencias y su hora, y unos y otros, la pesca y ellos, se daban puntualmente su cita en los atardeceres del verano.

El Duero, que va creciendo en esplendor a medida que se separa de la ciudad, aguas abajo de la cueva de Zampona, no es frecuentado sino por escasos y raros pescadores. El Cinto, la Tabla de los Chopos, con alguna que otra cazera de batanes abandonados, sólo es testigo de montañeros solitarios, de hombres de sierra, de los amantes de la Sequilla, de grupos de jóvenes adiestrados en el arte de andar, de los buscadores de misterios o de tesoros en las muchas cuevas de su hoz, de los pioneros de la espeleología, para los que Peña Paloma, Peña Sarsona y la Cueva del Asno representaban la felicidad total.

El Duero, que es un río plácido y sereno, más limpio que sucio, y que tiene un agua que, a veces, no siempre, estremece las tripas, es también río de suicidios, rival del Viaducto, utilizado más de una vez por los que tienen prisa en salir de este mundo camino de las tinieblas. Pero fuera de estos raros menesteres, es río de purificación, de esbeltos chopos y álamos, de ruiseñores, de tonos, ratas de agua, de nutrias, de patos salvajes y de otras gallináceas cuando el frío deja heladas sus tablas y sus márgenes, sobre todo cuando el cierzo arceja y azota con saña toda la estepa para convertirla en una inmensa y descomunal nevera. Otra cosa es que la ciudad, de un tiempo a esta parte, se haya subido collado arriba; pero el Duero, en contrapartida, que es un río padre, tiene el insospechado encanto de su seriedad y de no estar demasiado soñuzgado por el hombre. El Duero, carente de picareasca, a su paso por la ciudad de Soria, es como una lección constante de humildad, de recogimiento y democracia.

(1) «El campesino en su sexmo». Emilio Ruiz, Colección SAAS, Cap. XVIII.



Escribe Eduardo BRONCHALO

EL LUMPENARIO
LITERARIOLo
moderno

EN realidad ha sido JUAN CUETO quien ha puesto el dedo en la mismísima llaga de la modernidad al descalificar —por fin— a ORTEGA Y GASSET como inductor-conductor de masas hacia los abismos imposibles de lo elitico. La modernidad es otra cosa, es élite —naturalmente— de otro costado, hoy —en Madrid— y ahora. Entren y vean.

DE pronto, la marcha culturológica configura rumbos otrora insospitados; es decir, a río revuelto, ganancia de pescadores. En el incomparable marco de la plaza del dos de mayo, se pretende lidiar el próximo día 11 del mes en curso el oncreible y cada vez más problemático toro de la libertad de (expresión).

Hagamos fría constatación de los hechos. Recordemos la fiesta chicos-PINA LOPEZ apuntándose el punto Don Canuto en el mismo ruedo, con idéntico interés tal cual ahora se nos presentan los diestros CESAR ALONSO DE LOS RIOS, otros peceros y FRANCISCO UMBRAL, para intentar —al menos intentar— un acercamiento-a-la-única-plaza-del-Madrid-cultureta.

Es sumamente moderno montar un tinglado pro libertad de en la plaza del dos de mayo. Lo verdaderamente angustiante es que esto no se hubiera hecho hace algunos años. Creían los Césares y comparsas que la juventud estaban alelados con el canuto y que por eso no compraban bodrios tipo «La Calle» y otros especímenes pseudoperiodísticos que pueblan nuestra agonizante geografía del papel impreso. Y entonces, ahora, se lanzan a torear en ruedo adverso. Cuando tanto se exige de los demás, justo es pagar los errores cometidos. Ya es muy tarde, en la plaza de, nadie les quiere.

Lo auténticamente moderno —siempre lo fue— es hacerse tipo MONCHO ALPUENTE, el amor secreto de CAROLINA DE MONACO, expulsado, de puro cheli vital —que no de palabrita— de la corte monegasca. Hacer, en la actualidad, de nuevo plástico (ORDOVAS, JESUS, otro moderno) con pretensión pasarlo-bien-lo-mejor-posible. Moncho sigue esperando que un cuento suyo vea la luz en una de esas téticas revistas que entienden lo cultural tipo Ortega y le pegan a la portada el membrete marxista-tal. Otro dato: los viejos modernos nunca mueren.

Sin conexiones claras con el silencioso amor entre Moncho y Carolina, acaba de abrirse nuevo local para modernarse cantid. Se llama Carolina, sito calle Bravo Murillo, 202, donde actúan grupos tipo PISTONES o CARDIACOS y muchos más, to-

dos de la nueva modernidad madrileña. MIGUEL ANGEL ARENAS está metido en esta historia, y, seguro, con los grupos que vayan molando se hará algún business disqueril.

Más increíble —en este abrirse paso por el camino de la modernidad y la supervivencia— es la presentación del libro de ALVARO DE LAIGLESIA en la discoteca supermoderna Marquee. Título: «Morir con las medias puestas». Editorial: Planeta. Mi querida IMELDA NAVAJO no pierde el tiempo, seguro que la idea ha sido suya. Fecha presentación: este próximo 6 de octubre.

No se puede ni se debe olvidar, en este apresurado viaje por lo moderno, la discoteca El Sol, decana de las discotecas modernas de la noche capitalina, donde siguen actuando todo tipo de grupos, desde ALASKA y LOS PEGAMETAS hasta RADIO FUTURA, pasando por la cantidad nueva ola que nos azota y... nos divierte.

Parece mentira, también a estas alturas, que ADOLFO ARRIETA siga enrollado con el underground de hace diez años, para pasar torpe filme en discoteca Carolina, titulada «Tan-Tan» todo lo contrario fantástica película «Cha-Cha». Hay quien ha perdido el ritmo. También hay quien afirma que Adolfo es muy conocido en Francia. En efecto, le conocen per-fec-ta-men-te sus amigos y... pare usted de contar. Otro rollo antimoderno: el mito de lo transpirenaico. Por favor...

Convenría añadir otro dato esclarecedor en cuanto al miedo a la modernidad: cuando se anuncia libro de Alvaro de Laiglesia se nos advierte sobre lugar Marquee con la apostilla siguiente: «Antes, Top-Less». Ni hay que confundir ni hay que lanzarse abiertamente a lo nuevo. Lo que mola es el tencon-ten, la transición, el rollo. Así, en estas circunstancias, sólo se puede agradecer cantidad la aportación (new aportación) columnar umbraliana cuando afirma la actualidad de RAMONES o sentencia que «el techo cultural de este país es BALBIN».

Pues sí señor, el techo cultural de este país es Balbin. Algo —más— habrá que hacer.

Una ilusión con
porvenirEscribe
José Antonio
UGALDE

El dios iraní Aura-Mazda, que sufre el vampirismo de la religión extraterrestre

De la importancia extraordinaria del ritual en el fenómeno religioso da muestra el sonado cambio de fe que protagonizó el etnólogo E. E. Evans Pritchard hace algunos años. Tras finalizar sus trabajos de campo entre los miembros de la tribu africana de los Núer, Evans Pritchard abandonó el anglicanismo y profesó el catolicismo. De los Núer había aprendido que las creencias religiosas entran por los sentidos y que la vivencia de una fe necesita encarnar en símbolos colectivos, apoyarse en rituales sasonados de música y danza litúrgica y servirse de iconografías visuales. Evans Pritchard prefirió la riqueza ceremonial, el olor a incienso y el vergel sensitivo y emotivo cultivados por el catolicismo, al árido y puritano anglicanismo en el que se había educado.

Hay, en consecuencia, religiones ricas en ritual y religiones que se han ido desritualizando a causa de una relajación de las manifestaciones colectivas que expresan de forma simbólica las creencias. En opinión de los estudiosos del tema, toda degeneración ritual produce una pérdida de capacidad simbólica y un proceso de racionalización de los credos en el que, además, se sustituyen las formas comunitarias de adhesión por maneras privadas e intimistas de contacto con los Seres Supremos.

Todo parece indicar que el proceso de desritualización se ha acrecentado en las últimas décadas. Mary Douglas, en un libro titulado «Símbolos naturales», ha observado, no sólo la falta de adhesión a manifestaciones simbólicas comunitarias, sino además el rechazo casi general del rito, visible en el hecho de que la palabra «ritual» se ha convertido en sinónima de conformismo vacío de contenido. Podemos achacar este fenómeno al descenso general de los valores religiosos tradicionales y podemos, también, atribuirlo a la desmembración social, a la babélica atomización que por doquier actúa sobre esa espina dorsal de lo humano que es la noción de comunidad solidaria.

Sin embargo, aunque de forma larvada y marginal, se están dando procesos inversos, fenómenos de aglutinación simbólico-ritual que nacen no sólo en el ámbito laico (los cultos a los héroes musicales, deportivos, del espectáculo o del progreso tecnológico en el seno de la cultura de masas), sino que diseñan nuevas religiones en vías de desarrollo. De una de estas últimas y, tal vez, la de mayor porvenir vamos a hablar a continuación.

LA LARGA MARCHA DEL OVNI

La ufología —ciencia que se ocupa de la investigación de los ovnis— nació en los años cuarenta y, casi desde sus inicios, tuvo que competir en la interpretación de sus fenómenos con una serie de sectas inclinadas a encuadrarlos en marcos religiosos. Con el transcurso del tiempo y la proliferación de las «apariciones», estas sectas fueron revistiéndose de profetismo y fueron otorgando una cualidad mesiánica y escatológica a las manifestaciones extraterrestres. En suma, se convirtieron en avanzadillas de una nueva religión misteriosa de salvación, cuya clientela potencial aumentó conforme arreciaba la crisis de civilización, se multiplicaban las probabilidades de un desastre nuclear y se tornaba para una larga temporada la ventanita de esperanzas que había abierto la aventura espacial.

Toda religión debe poseer mitos y, al menos durante su maduración, ritos, es decir, un sistema de creencias y unas formas simbólicas de expresión colectiva de esas creencias. Pero la esotérica religión de los extraterrestres carecía de ambas cosas. Sólo contaba, en todo caso, con las manifestaciones ambiguas y siempre inciertas de extraños artefactos volantes y con el potencial de identificación popular que contenían esas mudas pero hipnóticas revelaciones. Por consiguiente, los osados sacerdotes de la nueva religión se lanzaron a subsanar esas carencias.

En el territorio del credo elaboraron una hipótesis descaradamente simplista y atrozmente descabellada, aunque de vampirica fecundidad. Bastó para ello reinterpretar los episodios cruciales de las religiones tradicionales como hitos civilizadores de intervención extraterrestre. Por ejemplo, la revelación recibida por Moisés proveniría, no de Yavé, sino de enviados extraterrestres; el Arca de la Alianza que

los judíos transportaron durante su larga diáspora en busca de la tierra prometida sería, en realidad (sic), un sofisticado sistema de comunicación legado por los alienígenas inspiradores de la odisea; el maná fue la inesperada ayuda alimenticia para paliar las hambres del desierto... Esta burda e insostenible manera de transformar cualquier tradición religiosa en capítulo de las sagas cósmicas empezó por el pueblo que se sintió elegido, pero en el horizonte se adivina su anhelo sincrético por hacer de los extraterrestres los dioses que sembraron en el hombre todas las viejas mitologías.

De todas formas, la idea de un contacto definitivo y sin eufemismos, anuncio y garantía de una nueva Era, es la expectativa que campea, no sólo entre los adeptos religiosos, sino entre grandes sectores de gentes atraídas por el fenómeno. El extraterrestre, en consecuencia, se ha convertido en un nuevo modelo de Mesías o de enviado angélico que acumula todas las viejas imaginarias mágicas, todos los poderes ocultos y todas las actuales posibilidades de la técnica. Es un auténtico cheque en blanco y por eso el ritual que conjura la actualización de sus promesas es variopinto como las múltiples sectas que constituyen la gran Iglesia: abarca desde el magno y continuo aparato de congresos y sínodos generales hasta las prácticas esotéricas de los grupos de base en busca del contacto, pasando por las actuales peregrinaciones a las zonas de avistamiento bien por tratarse de áreas habituales de visión o bien porque los sectores proféticos han recibido anuncios previos de la aparición.

TELEVISION Y BARBARIE

Los fenómenos hasta ahora examinados no tendrían, en puridad, por qué enardecer nuestra ira. Que huéspedes de animadores culturales se decidan a cooperar en la puesta a punto de una nueva religión misteriosa y aticen la expectativa salvífica de los extraterrestres está dentro de la ley. Que émitos licenciados en ventas, como Von Daniken, o periodistas mostrenos, como J. J. Benítez, traten de fundamentar la insostenible lectura alienígena de las religiones es algo más grave y estúpido, pero entra en el territorio de la libertad editorial. Lo que ya resulta inadmisibles es que desde el programa «Más allá», de la televisión estatal, dirigido por el conspicuo Jiménez del Oso, se sostengan y difundan indiscriminadamente la totalidad de estas tendencias, sin la menor capacidad crítica sobre las mismas.

En definitiva, es intolerable que dadas las actuales dimensiones del tema ufológico sólo la irresponsabilidad y la ignorancia hayan tenido y sigan teniendo voz en ese programa en cuanto concierne a las implicaciones religiosas y antropológicas que ha cobrado el tema ovni. Dicha situación mixtificadora es tanto más grave y explosiva en un país en el que o bien se identifica religión a catolicismo o, desde posiciones inversas, se establece la ecuación religión igual a oscurantismo, en el que la historia de las religiones es materia casi exclusiva de teólogos con sotana o mistagogos autodidactas, y en el que la etnología y la antropología han hecho un ingreso reciente y reducidísimo en los estudios universitarios. Si el porvenir alienante de la ilusión extraterrestre es considerable en el mundo entero, en nuestro país corre peligro de convertirse en una histeria endémica. Los medios de difusión, y sobre todo televisión, están haciéndolo posible.

EDICIONES

DE

LORCA

Escribe: Luis Alberto de CUENCA

EN 1979 vio la luz, inaugurando la colección «Escritores de todos los tiempos», de ADAF, un Federico García Lorca, firmado por Miguel García-Posada. Ese tomo —una síntesis precisa y profunda— anunciaba en su autor al filólogo de cuerpo entero que nos ofrece ahora la edición de los primeros libros de poesía del autor granadino, como entrega inicial de una serie de seis volúmenes —dos de poesía, tres de teatro y uno de prosa— de Obras de García Lorca.

COINCIDE la aparición de este primer volumen de Obras lorquianas, de Akal, al cuidado de Miguel García-Posada, con la presencia en librerías de un Federico y su mundo, de Francisco García Lorca, en edición y prólogo de Mario Hernández (Madrid, Alianza, 1980). Es un año de suerte para los estudios lorquianos.

García-Posada se doctoró con una tesis titulada *Interpretación de «Poeta en Nueva York»*, trabajo de finísima factura filológica, que publicará Akal en breve. No es de sorprender, pues, que un estudio, que dio su talla al encarar en su memoria de doctorado un tema tan difícil y espinoso como es el análisis del libro más complejo de Lorca, nos dé en esta nueva edición de sus Obras una espléndida muestra de lo que debe ser el quehacer filológico, ese quehacer cuyo modelo registrara en España, por ejemplo, Fernando Lázaro Carreter en su por tantos conceptos memorable edición del *Buscón*, afortunadamente reimpresa hace algunos meses.

Cuando *Interpretación sobre «Poeta en Nueva York»* se ponga a la venta, los lorcológicos y lorcolófilos podrán apreciar debidamente la riqueza y novedad de las aportaciones que le otorgaron el máximo título académico al doctor Posada. Pero ahora lo que nos ocupa es esta limpia y transparente edición de Obras, de García Lorca, que acaba de estrenar pimer volumen.

Decimos «limpia y transparente» en atención al esmero y pulcritud con que son transcritos los textos, respetándose siempre la última voluntad del autor. *Libro de poemas* se ofrece por la *princeps* (1921). *Poema del cante jondo* se presenta siguiendo la edición de la CIAP (1931), pero corrigiéndola en los pasajes problemáticos a la vista de los manuscritos autógrafos publicados por Rafael Martínez Nadal. Las *Canciones* se reproducen de la primera edición (1927), por componerse ésta sobre los manuscritos lorquianos, mientras que la segunda (1929) parece que no tuvo a la vista más que la *princeps*. Por vez primera se publican las *Suites* como libro independiente y orgánico, utilizándose para ello los materiales hasta ahora conocidos. Se eliminan, en cambio, *Primeras canciones* —la *plaque* que el poeta regaló a Altolaguirre con motivo de su boda—, que formará parte de los poemas sueltos que incluirá Posada en el segundo tomo de estas Obras. Todo ello nos habla de la innegable originalidad exhibida por el estudio de su edición.

Odas, *Poemas en prosa* y *Tauromaquia* son también, como títulos de libros exentos, novedades en la ordenación de García-Posada. Verán la luz en el volumen II de Obras, quizá aún más sugestivo en lo textual que éste, pues incluye *Poema en Nueva York*, una obra cuyas vicisitudes materiales han sido tan extensamente estudiadas por el editor en su trabajo doctoral.

Próximo está a salir el primer tomo dedicado a la producción dramática de Lorca, tercero de las Obras. En la organización por géneros, brilla singularmente el talento del doctor García-Posada. En efecto, por vez primera no se agrupará *La casa de Bernarda Alba* —drama rural en imagen real, ajena a todo tipo de mistificación— junto a *Yerma* y *Bodas de sangre* —tragedias en prosa y verso—. Lo gene-

rico ha sido siempre un elemento muy importante en el análisis de la obra lorquiana, tan atenta a los diversos modos de expresión literaria.

En el estudio preliminar, de más de 130 páginas, se nos ofrece, en primer lugar, una imagen humana del poeta, pero una caciones, por desgracia tan habituales en el tratamiento de la figura de García Lorca. Sigue después una introducción muy



ajustada al sistema literario del autor de *Canciones* en su doble plano de expresión y de contenido. Apunta García-Posada como una de las claves de la obra lorquiana el clasicismo, la honda claridad que lo preside todo y lo equilibra todo, y todo lo ritmo. Lo alegórico es, asimismo, un factor decisivo a la hora de entender los escritos de Lorca, y ello nos habla muy a las claras otra vez de su carácter de autor clásico. Tras estudiar, en fin, el haz de *topoi*, que, entrelazándose, delimitan la visión lorquiana del mundo, pasa Miguel García-Posada a analizar pormenorizadamente los libros publicados en este primer tomo de Obras. Una cronología sin erratas ni errores clausura el largo ensayo inaugural, que está redactado en un estilo fácil y vivido, con la objetividad de la lejanía que todo método científico requiere, pero también con la presencia continuada y quemante del lector implicado en su lectura.

Embebido en un caso de complicada resolución, Sherlock Holmes no precisaba del latigazo de la morfina. Practicar la filología con el placer y con el arte con que lo hace Miguel García-Posada puede ser un remedio contra el dolor y contra el tedio. A veces la filología es inyectable.

(*) Federico García Lorca, Poesía I (Obras I): Libro de poemas, Poema del cante jondo, Suitas, Canciones, Edición de Miguel García-Posada, Madrid, Akal, editor, 1980.

Escribe Leopoldo AZANCOT

CONFUSIONES, UN PASADO SIN GRANDEZA

VIVIMOS tiempos de confusión, lo que significa que luchar contra ella debe de ser un objetivo prioritario para todos, y muy especialmente para los intermediarios culturales y para los creadores de cultura. Viene esto a cuento de la acogida hecha al último libro de Ernst Jünger, «Eumeswill» (Seix Barral), en el que un pensador tan escuchado entre los jóvenes como Fernando Savater ha visto una prueba de que su autor es el mayor novelista vivo, en términos absolutos, y la manifestación de un pensamiento progresivo. Estimo que discurrir de tales puntos de vista constituye una especie de obligación moral en los actuales momentos.

En mi opinión, Jünger es un escritor de valía, pero no un novelista, a pesar de su voluntad en contrario. Para serlo, le falta la capacidad de encarnar sus ideas en personajes vivos —es decir, dotados de autonomía con respecto a su creador, e inmersos en la corriente del tiempo—, de encontrar tramas o intrigas que satisfagan por igual las exigencias de la ficción y de lo conceptual estricto. «Eumeswill», así, no pasa de ser una suma de reflexiones abstractas, por más que Jünger se esfuerce en disimularlo: el Estado que fraguó como escenario de su pretendida novela no es sino una construcción en el vacío, una entidad inviable, más antiutópica que utópica, y el pasado que dio origen a la situación sociopolítica reflejada en el libro, una entelequia que, prácticamente, no aspira a la credibilidad; esa situación, en fin, permanece estática a todo lo largo del mismo, sin que exista relación dialéctica alguna entre ella y los personajes que la padecen o que la ponen a su servicio.

El pensamiento de Jünger, por otra parte, es, a mi parecer, el típico de un intelectual de derechas que no acepta mancharse las manos con ningún tipo de compromiso, que zanja espúreamente el inevitable conflicto entre ética y política desconectando a ambas de las contingencias de lo real, y que pretende camuflar el verdadero signo de su actitud con una capa de pseudoanarquismo. En efecto, y por lo que hace referencia a esto último: su invención de lo que llama un «anarca», y que no pasa de ser un inviable anarquista solitario y escéptico, radicalmente insolidario, sólo puede ser calificada de tramposa, en cuanto asentada en la superación idealista de contradicciones irreductibles a toda conciliación. Un ejemplo más, en suma, de las manipulaciones vergonzosas a que está dando lugar la crisis general del anarquismo en nuestros días. Libro interesante en cuanto síntoma de una crisis que a todos nos afecta, escrito desde una perspectiva culturalista que hará las delicias de las clases medias de la cultura, lo considero rechazable, a más de por las razones precedentes, a causa de que se mantiene en el plano de las ideas, como si éste fuera autosuficiente, sin contrastar las mismas con lo cotidiano; a causa de que vehicula un pensamiento sin norte ni tensión, inmóvil y helado; a causa, por último, del desprecio pseudoaristocrático que manifiesta hacia la vida.

SHAKESPEARE

UNA TRADUCCIÓN EJEMPLAR

LAS actividades que viene desarrollando el Instituto Shakespeare de la Universidad de Valencia son absolutamente insólitas en un país como España, tan poco dado hasta ahora a abordar con seriedad el estudio de las literaturas extranjeras. Insólitas y admirables, por la modernidad y el alto nivel científico que las caracteriza, de los que es buena prueba la versión absolutamente fuera de serie que dicho Instituto acaba de publicar de «El rey Lear», de Shakespeare (Alianza Editorial).

Al margen de toda otra consideración, y antes de ella, hay que señalar que dicha versión es modélica, de una belleza deslumbrante, un jalón decisivo en el cono-



cimiento y la fruición estética de un texto primordial, de una de las obras cumbres del teatro de todos los tiempos. Sentado esto, resulta obligado señalar los pasos que han llevado a un logro tan considerable, lo que hago a continuación.

Ante todo, los miembros del Instituto encargados de la tarea sentaron las bases teóricas para que la traducción lo fuera no de un texto abstractamente literario, sino concretamente teatral, lo que implicaba sacar a luz las tensiones dialécticas que lo constituyen y estructuran.

A continuación, se procedió a fijar un texto en función de ese concepto dialéctico del fenómeno teatral a que hago referencia.

Y por último se llevó a cabo la traducción en equipo, pero de tal forma que se conciliaran las ventajas de una labor conjunta con las tradicionales de la tarea individual. La fijación del texto inglés y la preparación de la traducción de base corrió a cargo, así, de Juan Vicente Martínez Luciano y de Vicente Forés, siendo los responsables de la traducción definitiva un poeta tan prestigioso como Jenaro Talens y Manuel Ángel Conejero, director del proyecto y autor de un ensayo revolucionario sobre el erotismo shakespeariano, cuya segunda edición revisada se ha publicado últimamente, que tengo por lo más profundo que en España se ha escrito sobre el autor de El rey Lear.

RECUADRO LATINOAMERICANO SOBRE LITERATURA

NACIDO en Argentina (Buenos Aires, 1942), pero afincado hoy en España, Blas Matamoro ha trabajado con acierto en los campos de la docencia, la crítica literaria, el periodismo y la narrativa. Con Saber y literatura, por un epistemología de la obra literaria (Ediciones de la Torre) hace una aportación de crecido interés al estudio del hecho literario que merece un máximo de atención por las tres razones que a continuación se señalan.

La primera es que en los países de lengua española, y muy concretamente en España, el pensamiento estético subyacente a la actividad profesional de críticos y de escritores es de una pobreza tal que supone un estorbo para el pleno desenvolvimiento de la literatura: centón de tópicos y prejuicios formado por acarreo de materiales de muy diversas procedencias, que se caracteriza por incoherente y desfasado. Mediante su libro, Matamoro se instala en el centro del debate contemporáneo sobre lo literario, poniendo en entredicho, así, ese obsoleto conjunto de ideas heterogéneas y carentes de fundamento.

La segunda razón es que en Saber y literatura se armonizan la teoría y la praxis, la ideación abstracta y la crítica militante —considero altamente esclarecedor el análisis que en sus páginas se ofrece de los componentes kitsch de Cien años de soledad—, y se aborda el fenómeno literario desde una perspectiva interdisciplinaria.

La tercera razón, en fin, es que Blas Matamoro, plantando cara al proceso de derechización actual, ha llevado a cabo su investigación dentro de las coordenadas del pensamiento de izquierda, que ilustra del único modo realmente posible: con espíritu crítico, atento siempre a confrontarlo con lo dado.

Escribe A. RUIZ VEGA

SORIA:

SUS VERDADERAS CORRIENTES CULTURALES OCULTAS

Se ha querido reducir a menudo la cultura soriana a sus últimos adaltes que, además, eran foráneos. En efecto, ni Machado, Bécquer o Gerardo Diego eran sino forasteros de paso por estas tierras. Se limitaron a cantarla, pero sin profundizar demasiado (salvo, quizá, Bécquer) en sus raíces más profundas. El bagaje cultural soriano es muy escaso y está concienzudamente deteriorado por siglos de dominación centralista. Aquí habría que hablar, con motivo, de un intento estatal de despojar de todo sentido una personalidad y un carácter localista que tenía más motivos que ningún otro para erigirse en independentismo militante.

Para quien lea esto desde fuera le será difícil ver de Soria otra imagen distinta de la ya por todos conocida y por algunos estúpidamente reverenciada. Es esa Soria, idílico lugar de veraneo, excelente para tener un chalé alejado del tráfico y los diarios peligros de la vida en la gran urbe. Es esa Soria machadiana, recoleta, productora de mantequilla y chorizo para surtir a medio mundo. Esa Soria que, además, no existe ya, porque ha sido sustituida por la Soria desierto urbano, «quiero y no puedo», con afanes de gran urbe, con ansias de anticuada modernidad provinciana.

Si es así que se ha conseguido desterrar el pasado en aras de un anodino presente que a nadie satisface, ello ha sido a costa de sacrificar casi todo lo que queda de la Soria antigua y auténtica. Y digo «casi» porque de no ser así de nada servirían estas líneas orientadas, como tantas otras, en la lucha cotidiana e imposible contra el llamado progreso tecnológico.

Para algunos, y en algunos sentidos, Soria es el «finisterre» o última Thule donde levantar la barrera al implacable uniformismo tecnocrático. Mas esta barrera está a punto de ser rápida y definitivamente derruida. Y no en favor de un verdadero progreso económico, sino de una nueva cultura semejante a la del orwelliano 1984 en la que realmente lo único que progresa es el aburrimiento y el control policial. Aunque luego las cañerías sigan atrancadas...

Por todo ello, se alzan voces y claman pidiendo un rebuscar en ese baúl aún lleno de la historia soriana. Reivindicar a Soria, hacer alarde de «chauvinismo» soriano, puede ser un modo efectivo (como cualquier otro) de luchar contra el Estado central. Sobran, eso sí, antecedentes históricos que apoyen esta lucha anacrónica y utópica. Ahí están los descarnados muñones arqueológicos de Numancia y Terminiaca, terminante alegato de un pueblo que luchó contra la invasión «tecnocrática» de su época: la Roma imperialista.

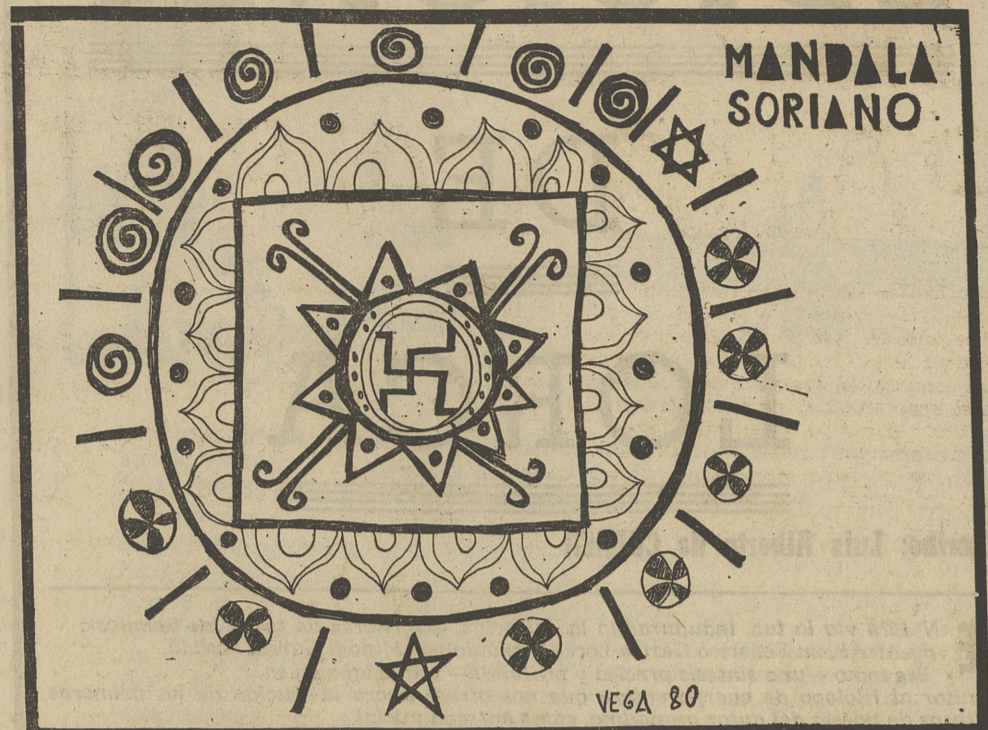
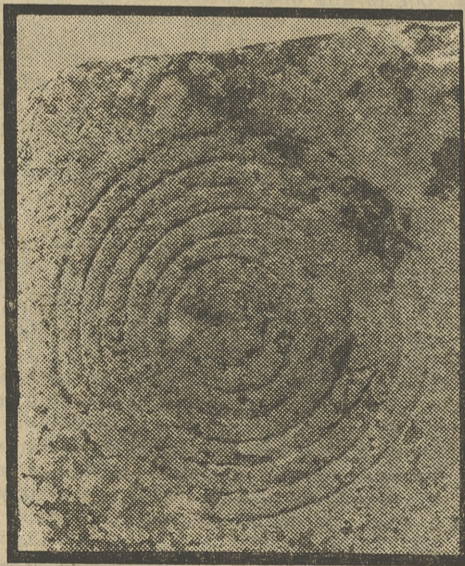
Con la reciente polémica de la variante Sur y la solución Norte, afloraron en algunos labios y mentes propuestas «numantinas» que en nada desmerecían de los tatarabuelos celtiberos. Hubo quien proponía encerrarse en la cueva de San Saturio, encadenado a sus verjas y aún otros que querían oponer sus cuerpos a los bulldozers del MOPU, si llegara el caso.

No faltan, ciertamente, arrestos en estas tierras para oponerse a cualquier estúpido decreto estatal. Sepan ustedes que los habitantes de Medinaceli celebraban en

pleno franquismo las archiprohibidas y perseguidas fiestas paganas del «Toro júbilo» con nocturnidad y alevosía, estando todo el pueblo en «el ajo» y bajo los mismísimos bigotes de la Guardia Civil.

Ahora mismo, cuando el Ministerio de Educación se ha propuesto desertizar definitivamente el mapa educativo de Soria cerrando alegremente varias decenas de escuelas, los maestros se las han apañado para crearse un «ministerio paralelo» con el que nutrir de profesores las desiertas escuelas a cambio de la comida y la cama (con el consiguiente sacrificio económico que ello supone para los jóvenes maestros). Cosas así, le hacen pensar que todo no está perdido y que si hoy no, tal vez mañana vea un levantamiento popular en condiciones de que se alce con la independencia —sin estatuto por medio— de estas tierras del extremo del Duero, que tanto la merecen.

Algo de ello hubo, no hace dos meses, cuando el pueblo se alzó contra su alcalde y puso cerco al salón consistorial que fue abandonado por todas las fuerzas políticas, excepto (claro) la sempiterna UCD. A raíz de ello, el gobernador distribuyó generosamente una docena de multas que cayeron sobre las impávidas cabezas de otros tantos sorianos. No sabemos en qué quedará tan claro enfrentamiento entre un pueblo y sus gobernantes pero algunos vemos en ello el esperanzador comienzo de un resurgir sorianista que dé al traste con multas, alcaldes, gobernantes y cualquier otro tipo de represión contra Soria.



Paciencia sobra en Soria, pero cuando estalla nadie puede contener el torrente.

Es también interesante conocer cómo lo que queda de la cultura soriana autóctona se alzó contra la tentativa centralista de controlarla a través de un llamado Consejo Provincial de Cultura que más parece un consejo de administración que lo que afirma ser. Nació así la Asociación de Amigos de Soria al calor de la refriega contra La Cierva y que ha desarrollado actos culturales «sorianistas» como la charla de Juan García Atienza sobre «Los Templarios» y el recital de homenaje a Juan Antonio Gaya Nuño ofrecido por el guitarrista Fernando Sanz. Es bien significativo que estos actos se hayan celebrado, lejos de ministerios de la «cosa» o casas de la «Cultura» estatalista, en una zona mágica, con poseso templario y místico, verdadero epicentro del latir soriano: la ermita templaria de San Polo.

Pero, ¿de dónde parte esa rebeldía que parece immanente al ánimo soriano? ¿De dónde ese anarquismo vernáculo e inintercambiable con cualquier otro?

No olvidemos que nuestros antepasados fueron celtas y por ahí andan desperdigadas torques y fibulas que en nada desmerecen a sus lejanas hermanas de Hallstatt y la Tene. Fue cultura que dejó poseso y yo afirmaría, aún, que gran parte de la historia posterior, ese particular orgullo y rebeldía de que hicieron gala los sorianos a lo largo de buena parte de su historia les viene de este recuerdo atávico de celtismo que nos hermana, inopinadamente, con irlandeses, galos y gallegos.

¿Para cuándo grupos fanáticos del arpa céltica en tierras sorianas? Haberlos, haylos ya por Segovia y Avila, tierras que mucho menos tienen que ver con tales ancestros. ¿Cuándo la pintura y el arte soriano volverán a sus auténticos orígenes numantinos y románicos y abandonarán esa ensoñación bobalicona con el paisaje mesetario? Paisaje que, llevando las cosas a su justo término, tiene escasos 800 años y que antaño estaba cubierto de bosques y no de monótonas parcelas labradas. ¿Y que son, para un pueblo millenario, 800 años? Un soplo, un episodio pasajero que pronto será olvidado. Hay que ir a la esencia no a lo circunstancial.

Mas ya hubo alguien que buceó en la entraña celta de Soria y lo plasmó en collares, placas y medallones de cerámica. Razones familiares me impiden citar su nombre. Por allí resopla el arte soriano y no por ningún tipo de mimetismo con pies de barro que se nos ofrezca a nuestra curiosidad en salas subvencionadas por el Estado central.

Y ese renacer que pugna ya se realizará, profetizo, al margen de todo apoyo oficial, prebenda o beca, alentado por el orgullo de un pueblo que comienza a levantarse y a recobrar su esencia.

N. de la R.—Ruiz Vega alude a su padre, el ceramista Antonio Ruiz, que ocupó un lugar destacado en las primeras filas de las vanguardias de los años cincuenta y que, efectivamente, buceó en las formas de la cerámica celtibérica en Soria y en las púnicas e ibéricas en Ibiza, donde promovió y fundó el Grupo Ibiza 59, adelantado del cosmopolitismo que la isla habría de recuperar. Posteriormente, en Soria de nuevo, funda el grupo SAAS y el Salón del Toro, certamen de artes plásticas cuya finalidad consistía en reunir una colección de obras de arte contemporáneo, bajo la advocación ancestral de las fiestas sostiociales de Soria. Los aficionados a las artes visuales no desesperan y creen en la posibilidad de que Antonio Ruiz vuelva a calentar su horno. Su obra está presente en varios museos de Arte Moderno, incluido el de Madrid y en prestigiosas colecciones. No cita Ruiz Vega, sino la redacción de este Suplemento; elogiamos, no obstante, la discreción del autor.

Escribe: Julio GARCÉS

Elegía por Antonio Machado en las márgenes del Duero (1)

En medio de este otoño lleno de hojas
Debajo de este cielo torturado
Teniendo frente a mí las lomas rojas
Las tristes lomas donde está enterrado
El gavilán de amor que te comía
Busco tu corazón despedazado
Soria se está muriendo de agonía
Los chopos se desangran sobre el río
El alma de la tarde está vacía
Y está vacío Dios y está vacío
El camino de chopos que atardece
Como atardezco yo lleno de frío

Aquí donde tu muerte permanece
Igual que permanece la llanura
Aquí en este zarzal donde florece
La rosa de tu amor la rosa pura
Que adorna el corazón del Alto Duero
Oigo tu voz transida de amargura
Tu aromada palabra de romero
Estoy sobre la angustia que sufrirías
Estoy sobre este páramo de acero
Recorro los senderos que seguías
Resido en el alcor de tu lamento
Y padezco el dolor que padecías

La raíz de este roble ceniciento
La furia vegetal de estas espinas
El pardo y mineral olor del viento
El agrio suceder de estas colinas
Me clavan a un pasado de pastores
Me amurallan con ásperas encinas
Me condenan a trágicas labores
Me compran con el oro de las eras
Me anegan de larguísimos colores
Discurso entre las pálidas choperas
Herido por las hoces del destino
En la página gris de las laderas

Frente a la luz callada del Espino
Rezo un rosario de entrañables rosas
La sencilla oración de tu camino
Busco tu corazón entre las cosas
Tocadas por las manos de mi infancia
Tu corazón que está bajo estas losas
No bajo el peso de tu muerte en Francia
Que está en este horizonte de tomillo
Bajo el cielo acerado de Numancia
A la implacable sombra del Castillo

(1) Del libro «Poesías de S. Polo». Colección SAAS, 1978.